
KRISTEVA, Julia
Etrangers a Nous-mêmes.
Ed. Fayard. París, 1988.

Temido, rechazado, hostigado, pero a veces también admirado por el hecho de ser diferente, de ser "otro", el *extranjero* siempre ha vivido en un clima de ambigüedad, que en muy pocos casos ha llegado a la aceptación de su "diversidad".

La autora, Julia Kristeva, sale de la realidad de la Francia de hoy día, este crisol de naciones y de continentes, para seguir, a través de la historia y de las diferentes culturas, el peregrinaje del *extranjero*, un personaje atormentado y con más sombras que luces. No es una casualidad que *extranjero* y *extraño* tengan la misma raíz.

De hecho el *extranjero* es el que se queda afuera de un grupo uniforme, una familia, una sociedad que justamente se caracteriza por su homogeneidad. Es el que no tiene la ciudadanía del país donde vive y al cual las leyes, según las altas y las bajas de la coyuntura, otorgan algunos o ningún derecho, aunque nunca la plena igualdad con los otros.

Para los griegos, los *extranjeros* eran "metecos" o "bárbaros" que tenían el reconocimiento de algunos derechos, pero siempre dentro de una venerable situación de dependencia de un "frostato" griego que garantizaba por ellos.

Esta situación continúa con pocas variantes a través de los siglos, a pesar de la innegable fascinación que los "bárbaros" pueden motivar, justo por ser diferentes y nunca completamente comprensibles. La diferencia de lengua, de costumbres, de origen, despierta entre los demás actitudes opuestas y contradictorias, que pueden ir del odio y rechazo a la admiración, pero a las cuales siempre se mezcla, en el fondo, una sensación de temor.

Los judíos eligieron como progenitora de David a una extranjera, Ruth la moabita, posiblemente para expresar que lo "sobresaliente", lo "escogido por Dios" se encuentra de alguna manera fuera de la ley.

Hubo momentos en los cuales pareció que la sociedad se mostraba benévola hacia los extranjeros. Así, San Pablo abrió su "Eclesia" a trabajadores migrantes, y a todos los marginados y excluidos de la sociedad de ese entonces, para hacer de ellos los primeros cristianos. Pero también ese cosmopolitismo escondía en sí el germen de una nueva marginación. Si pertenecer a la gran familia de la Iglesia era el mecanismo uniformador, los que se quedaban afuera eran los nuevos hostigados. El desarrollo de esta dinámica llevará un día a los excesos de la Inquisición.

Fatalmente cada medida aparentemente liberadora, que amplía las fronteras que delimitan la pertenencia a un determinado grupo social, lleva consigo lo opuesto: las personas que se quedan afuera por no tener determinados requisitos, sean estos materiales, intelectuales o religiosos, que les permitan identificarse con los demás. Este mecanismo se repite fatal e inexorablemente a través de la historia. La revolución francesa, con la declaración de los derechos humanos, honró en un primer momento a los extranjeros, para hacerlos acabar al final debajo de la guillotina.

Kristeva nos habla de las amargas peripecias de Dante, el extranjero por antonomasia; del cosmopolitismo de Rabelais, Montaigne y de los enciclopedistas anteriores a la mistificación del "bon sauvage" en Rousseau; del universalismo pacifista de Kant, que pregona una "Sociedad de las Naciones", garante de la seguridad de cada estado, del más grande al más chico, en fuerza de un consenso unificado. Sin embargo, ya se estaba abriendo camino, con el romanticismo, la idea del nacionalismo, para degenerar en nuestro siglo en el totalitarismo.

¿Un camino sin salida?

Freud descubre el "inconciente", este inquietante desconocido que cada uno alberga en sí, este *extranjero*, cuya presencia intuimos sin conocerlo y por esto es causa de malestar, de temor y de rechazo. Aprendiendo a convivir con él, aceptándolo en su diversidad y su *extrañeza*, podremos aprender a convivir también con los extranjeros de afuera, aceptando y reconociendo su diversidad. No asimilación, entonces, sino derecho de cada individuo de vivir su diversidad.

Esta es la solución que nos ofrece Julia Kristeva, solución que bien podría aplicarse al Perú de hoy día. Reconocer la diversidad como un enriquecimiento, no intentar anularla en un gris conformismo.

Marta Heise-Mondino